

mos menos de explicar los elementos espirituales por medio de formas y de relaciones tomadas de la naturaleza exterior. No obtenemos una intuición clara de la naturaleza de la conciencia más que empleando imágenes sacadas del mundo material. Debemos, pues, atenernos á la diferencia entre los fenómenos psíquicos y los fenómenos materiales, y contentarnos con demostrar que las dos especies de manifestaciones de la fuerza están sometidas á las mismas leyes experimentales.

El postulado fundamental de toda ciencia, según Spencer, es que no se produce ni se pierde fuerza en el mundo. Todo pensamiento consiste en que algo se pone en relación con otra cosa. Ahora bien; si se perdiese fuerza ó si la fuerza naciese de la nada (lo cual se traduciría en la experiencia exterior por un aniquilamiento, ó por una formación de materia, ó por una interrupción ó un comienzo de movimiento) obtendríamos una relación de algo con una nada ó de una nada con algo; una relación cuyo término hubiera desaparecido de la conciencia ó no se hubiera formado en ella sería una contradicción. La fuerza que de esta manera debe considerarse como persistente siempre, no es una forma relativa y fenomenal de la fuerza; es la fuerza absoluta que se hace sentir en toda cosa, y así llegamos de nuevo á esta idea; que en el fondo de todos los fenómenos empíricos, debe haber algo absoluto; es decir, llegamos á la idea común á la religión y á la ciencia. Incumbe á la ciencia experimental demostrar las transiciones particulares que se producen entre las diferentes formas de la fuerza. Pero el mismo principio de la conservación de la energía no puede probarse por la vía experimental, porque resulta, reflexionando atentamente, que toda experiencia supone su legitimidad. Cuando pesamos y medimos, este acto supone que la unidad de que se parte permanece invariable durante esta acción. Si la fuerza por la cual el peso es atraído hacia la tierra se modifica durante la experiencia de química que debe determinar el peso del átomo, la conclusión sacada de la experiencia es ilegítima. Por eso la conservación de la energía es un principio ó un postu-

lado sobre el cual se funda todo estudio del mundo real.

Spencer consideraba, pues, como Spinoza, Kant y William Hamilton, el principio de la conservación de la energía como coincidente con el principio de causalidad. Vamos á ver, por otra parte, que muchos de los sabios que han establecido el principio de la conservación de la energía sobre una base experimental han partido de esta idea; que es en realidad un principio racional, de suerte que se trata de demostrar cómo se manifiesta en la experiencia. Por ejemplo, así lo hicieron Roberto Mayer, Joule y Colding. Pero aquí hay que distinguir. Podría, en efecto, reinar en la naturaleza un sistema de leyes, aun cuando se produjese y se perdiese fuerza, con tal de que esta formación y esta pérdida estuviesen ligadas á condiciones determinadas. Podría pensarse que si la condición A existiese, B se produciría siempre, aunque B debiera expresarse desde el punto de vista cuantitativo $= A + X$, y se podría pensar que si la condición C se produjese, D se seguiría siempre, aunque $D = C \div y$. En este caso, el principio de causalidad sería válido, sin que fuese válido el principio de conservación de la energía. Esto demuestra que este último principio es de naturaleza más particular que el principio de causalidad, si éste no expresa más que una regla para la producción de los fenómenos. La regularidad de la naturaleza no desaparecería completamente porque la ley de la conservación de la energía no fuese válida. Otra cosa es desear averiguar con la mayor certeza posible que, de igual modo que la conclusión lógica no encierra nada más de lo que contenían ya las premisas, así también en el efecto real no se encuentra nada más de lo que contenía ya la causa; se hace así concordar el principio de causalidad lo mejor posible con el principio de identidad; pero aun sin esta analogía perfecta con el principio de identidad, la relación causal sería válida. Por eso la deducción de Spencer es insuficiente, aun cuando tenga razón al decir que toda tentativa hecha para probar la conservación de la energía por

el método experimental supone en cierto sentido la legitimidad de este principio.

Del principio de la conservación de la energía, Spencer deduce que el movimiento va en el sentido de la mayor atracción ó de la menor resistencia; que todo movimiento es rítmico; y que todos los fenómenos sufren una evolución y una disolución. De esta manera pasa de la consideración de la filosofía como conocimiento unificado á la consideración de la filosofía como teoría de la evolución. Pero antes de seguirle en esta manera de ver, vamos á preguntarnos qué consecuencias saca Spencer de la ley de la conservación de la energía relativamente á las relaciones entre los fenómenos psíquicos y los fenómenos materiales. No entraba en el proyecto de Spencer discutir especialmente este problema, y se encuentra en sus escritos tales como han llegado á nosotros cierta vacilación tocante á este punto; irresolución que se explica por el cambio que Spencer ha introducido en su concepción en el intervalo que transcurrió entre las diferentes ediciones de sus obras, sin que esta modificación haya sido cuidadosamente consignada en todos los puntos de las ediciones nuevas. De ahí las declaraciones contradictorias que se encuentran en él (1). Al principio (en la primera edición de los *Principles of Psychology* y de los *First Principles*), concebía las relaciones del alma y de la materia por analogía con las relaciones de las diferentes fuerzas de la naturaleza, y creía en un tránsito de lo material á lo espiritual, como del movimiento al calor. La formación de las sensaciones se explica así por la ley de la conservación de la energía. Si se quisiera descubrir materialismo en esta intención (lo que hicieron también algunos críticos), Spencer da á entender que para él la materia y el movimiento no son en suma más que expresiones simbólicas de la fuerza incognoscible que se hace sentir en todas las cosas.

(1) En 1876, he señalado á Spencer estas contradicciones en una carta particular, y, en su respuesta, las explicó de la manera indicada, haciendo notar que hasta entonces habían escapado á su atención.

Más tarde notó, sin embargo, que la aparición de los fenómenos de conciencia no puede deducirse del principio de la conservación de la energía. Especialmente, la formación de la sensación por el movimiento como equivalente de esta última, es incompatible con la teoría de la continuidad del movimiento. Por eso en las ediciones siguientes, Spencer concibió las relaciones de lo psíquico y de lo material conforme á la hipótesis de la identidad, diciendo que son dos formas fenomenales, recíprocamente irreductibles, de la fuerza incognoscible. En lo que concierne á la teoría de la evolución, que para Spencer es lo principal, poco importa á qué hipótesis se adhiere uno. Ya se admitían, en efecto, relaciones de acción recíproca ó de identidad entre el mundo psíquico y el mundo material, la evolución puede presentar los mismos caracteres fundamentales en los dos dominios, y ese es precisamente el hecho decisivo para la filosofía de la evolución. Sin duda alguna, el desenvolvimiento psíquico, según la hipótesis de la identidad, no puede explicarse por deducción de la conservación de la fuerza psíquica; pero el proceso material correspondiente á la vida psíquica puede explicarse, sin embargo, de esta manera (1). Cuando Spencer explica en su teoría de la evolución toda evolución por las leyes de la materia y del movimiento, y no obstante, para explicar las formas de la

(1) Vid. *First Principles*, 3.^a edición, pág. 318 y siguientes: «Aunque el desenvolvimiento de los diferentes productos de la actividad humana se efectúe de tal suerte que no se puede decir que se dan ejemplos inmediatos de una acumulación de la materia y de una división del movimiento (que Spencer admite en todo desenvolvimiento, al perder las partes del todo que se forma directamente independiente), son, sin embargo, ejemplos in su movimiento independiente, que son subjetivamente directos.» Página 391: «Los fenómenos, que son subjetivamente concebidos como modificaciones de la conciencia, son objeto concebidos como procesos nerviosos, que ahora son interpretados por la ciencia como procesos mecánicos.» *Principles of Psychology*, 2.^a edición, I, pág. 508: «Aunque el desenvolvimiento del espíritu no pueda explicarse más que por una serie de deducciones de la conservación de la energía, sería posible, no obstante, que su correlación (*its obverse*), el desenvolvimiento de las modificaciones físicas de un órgano físico, pudiera explicarse de esta manera.»

evolución ha recurrido á ejemplos sacados tanto de la psicología y de la sociología como de la astronomía y de la fisiología, eso se justifica por el hecho de que los fenómenos psíquicos, de cualquier hipótesis que se parta, se consideran como ligados por un sistema de leyes á los fenómenos materiales.

d)—*La filosofía en cuanto teoría de la evolución.*

El conocimiento de la unidad buscada por la filosofía se adquiere, según Spencer, no solamente demostrando que toda investigación se funda en un postulado común, sino también demostrando una ley que es común á todos los fenómenos presentados por la experiencia. Spencer sistematiza el positivismo, ya reduciendo todo conocimiento positivo (conocimiento de hechos) á un postulado común, ya estableciendo una ley común ó una forma común á todos los hechos positivos, á todos los fenómenos. Cada fenómeno tiene su historia: aparece ante nosotros y desaparece. Toda ciencia particular describe la historia de sus fenómenos: trata entonces de indagar si estos diferentes procesos históricos no presentan rasgos comunes que permitan establecer *una ley general de la evolución*. Resulta que todo desenvolvimiento presenta más ó menos distintamente tres caracteres distintos que nos dan en común el concepto completo de evolución. Como hemos notado ya, Spencer no había establecido al principio más que un sólo carácter distintivo de la evolución: el tránsito de lo homogéneo á lo heterogéneo. Vió más tarde que hay formas muy sencillas de evolución en que este rasgo es absolutamente secundario, y que además es necesario presentar una tercera señal distintiva para poder distinguir claramente entre los procesos de evolución y los procesos de disolución.

1.º) *La evolución en cuanto concentración (ó integración).*
—Cuando se forma un fenómeno, se produce una agrupación, una combinación y una concentración de elementos que estaban antes diseminados. Cuando una nube se forma en el cielo ó un montón de arena al borde del agua, se reali-

za una evolución de la especie más sencilla porque el proceso consiste casi exclusivamente en una separación y en una acumulación. Un proceso de concentración de este género tuvo lugar, según la hipótesis de Kant y de Laplace, cuando nuestro sistema solar nació en un principio en la nebulosa primitiva, cuyas partes se encontraban antes diseminadas. Todo crecimiento orgánico consiste en que en el tejido orgánico se admiten elementos que anteriormente se encontraban dispersos en el medio ambiente. Se tiene un ejemplo psicológico de esto en toda generalización, en toda formación de concepto y de ley general. Concentramos por ese medio en un pensamiento único toda una serie de percepciones y de representaciones diferentes. El desenvolvimiento social consiste ante todo en que individuos ó grupos de individuos, que antes vivían dispersos, se han asociado.

2.º) *La evolución en cuanto diferenciación.*—Solo en los casos más sencillos de todos se puede describir la evolución como un simple proceso de concentración. No solamente se producirá una separación de la masa íntegra del medio circundante, sino que se efectuarán en la masa, así separada, concentraciones particulares, de suerte que la evolución se haga compleja. En el curso de la evolución, estas concentraciones particulares resaltarán cada vez más, hasta el punto de que, comparando los estados anteriores con los estados posteriores, encontraremos una transición de lo homogéneo á lo heterogéneo. Durante la evolución del sistema solar se realiza la separación de diversos cuerpos celestes, cada uno de los cuales posee su carácter propio. La evolución orgánica va desde el germen homogéneo hasta el organismo, provista de diferentes clases de tejidos y de órganos diversamente contruidos y que funcionan de distinta manera. El conjunto de la vida orgánica, según la hipótesis de Lamarck y de Darwin, era más homogéneo en los estadios anteriores, y las diferencias actuales entre las especies son debidas á que se han desarrollado á partir de formas genealógicas comunes. Los sentidos se desarrollan, cuando comparamos los estadios

anteriores con los estadios posteriores, á partir de facultades de percepción vagas é inexactas, para tomar una exactitud cada vez más clara, y llegar á ser capaz de percibir diferencias cada vez más numerosas. La vida moral, en general, no se mide solamente por su concentración, sino también por su riqueza. En el curso social de la evolución, la división del trabajo da nacimiento á profesiones y á clases diferentes.

3.º) *La evolución en cuanto determinación.*—En el proceso de disolución se forman, igualmente, diferencias en una masa hasta entonces homogénea. Para distinguir la evolución de la disolución, hay que añadir, pues, que la evolución efectúa una transición de un estado más indeterminado y desordenado á un estado más determinado y ordenado. La evolución parte de un caos cuyas partes son diseminadas y homogéneas para convertirse en un todo, cuyas partes son heterogéneas y están, al mismo tiempo, entre sí en una conexión determinada. Así el sistema solar, el organismo, la conciencia y la sociedad humana, son más ó menos totalidades ordenadas. Este tercer punto de vista resulta, á decir verdad, de la combinación de los dos primeros: un todo ordenado es aquel en que la diferenciación de las partes y la concentración del todo van á una.

En todo el universo (en grande y en pequeño, en el mundo del espíritu y en el mundo de la materia) se verifican procesos de evolución de la especie que se acaba de describir. Apoyándose en la observación comparada de estos procesos, la filosofía de la evolución formula los rasgos fundamentales de la historia general de cada fenómeno. Pero lo que de esta manera ha sido averiguado inductivamente, debe entonces basarse deductivamente en la ley de la conservación de la energía.

En primer lugar, habrá concentración de partes homogéneas cuando éstas sufran de una manera homogénea la acción de la misma fuerza. Es lo que ocurre cuando, bajo la influencia del viento, se forman grupos de hojas caídas, montones de arena ó nubes. La selección natural obra de esta ma-

nera exigiendo variaciones absolutamente determinadas de los seres vivientes que deben poder existir en ambientes determinados; por eso están separados de los seres no viables y forman nuevas especies. En segundo lugar, se producirán diferencias después de la formación de un todo homogéneo, desde el momento en que las partes homogéneas están sometidas á la influencia de fuerzas heterogéneas. Y si se produce una diferencia en el estado de las partes, ciertas fuerzas homogéneas ejercerán sobre ellas una acción diferente. Una especie orgánica variará en condiciones físicas diferentes, y si aun las variedades están sometidas á una influencia homogénea, ésta no podrá producir el mismo efecto sobre todas. Esto se desprende de la ley de la conservación de la energía, que sería abolida si causas semejantes produjeran sobre objetos homogéneos efectos heterogéneos, ó si causas heterogéneas produjesen sobre objetos homogéneos efectos heterogéneos.

Para comprender bien á Spencer, debe recordarse que su teoría de la evolución no está elaborada para el mundo en cuanto totalidad, del cual no podemos formarnos idea alguna á causa de la relatividad del conocimiento, sino para las totalidades particulares que se constituyen en el círculo de nuestras experiencias. Se le ha objetado algunas veces que su «evolución» se hace incomprensible si debe comenzar por la homogeneidad absoluta: ¿de dónde vienen, pues, las diferencias? Spencer mismo declara expresamente (*First Principles*, § 116, 149, 155) que no habla más que de los fenómenos limitados, que admite solamente una homogeneidad y una diferencia relativas y que los conceptos de concentración y de diferenciación, de simplicidad y de complejidad, deben tomarse en sentido relativo. Si nos pudiésemos figurar el universo entero en un estado de equilibrio perfecto en que centros de energía absolutamente homogéneos se repartiesen en una homogeneidad absoluta por el espacio entero, todo quedaría eternamente en equilibrio. Pero un pensamiento tal es ya imposible, por el hecho absoluto de que no se pueden fijar

límites al espacio. Es verdadero decir de todas las masas homogéneas que conocemos que se han diferenciado necesariamente en un grado más ó menos considerable.

La evolución debe necesariamente (suponiendo, naturalmente, que no se haya interrumpido desde el exterior) llevar á un estado de equilibrio en que la concentración, lo mismo que la diferenciación, ha alcanzado su máximo. En lo que concierne al desenvolvimiento del hombre, este estado designa la perfección y la felicidad suprema, consistente en la armonía mayor posible entre los hombres y la naturaleza y los hombres entre sí. Pero como los agentes exteriores ejercen continuamente su influencia, este estado de equilibrio no podrá subsistir en el curso del tiempo. A la evolución sucederá la disolución, cuando falte la energía para mantener la armonía de la concentración y de la diferenciación á pesar de las influencias persistentes. Y al pasar por los diferentes estadios de la disolución, se acaba por llegar á un nuevo caos. Del mismo modo que en el círculo de nuestra experiencia se producen sin cesar procesos de evolución, igualmente se realizan sin cesar procesos de descomposición de totalidades grandes y pequeñas. Aun cuando nuestro sistema solar (y todos los sistemas solares), como sostienen algunos sabios, encerrasen el germen de la disolución, será siempre posible que se formen nuevos sistemas, supuesto que habrá siempre fuerzas exteriores para poner en movimiento los procesos de evolución. Todo movimiento es rítmico; por eso la evolución y la disolución alternarán infinitamente.

Hegel prometía, en su teoría idealista de la evolución (véase más atrás), un progreso eterno, diciendo que las «unidades superiores» (que corresponden á la armonía de Spencer entre la concentración y la diferenciación) forman siempre la base de nuevas evoluciones; Spencer, por el contrario, como buen positivista que es, y en virtud de la doctrina de la relatividad del conocimiento, no puede decir si la evolución ó la disolución es el proceso más dominante que hay en el mundo. En razón de su concepción dualista de las rela-

ciones de lo absoluto y de lo relativo, se niega á atribuir una significación absoluta á la evolución (y, por consiguiente, á toda la alternativa de la evolución y de la disolución). Aquí aparece, como hemos demostrado ya, una contradicción en él, puesto que reconoce una conexión de los fenómenos con el orden incognoscible de las cosas que existe en el fondo de los fenómenos (*connexion between the phenomenal order and the ontological order*). Persiste en creer categóricamente que no podemos ya limitar la fuerza que obra en el mundo de los fenómenos, como no podríamos fijar los límites del espacio y del tiempo. Ha resuelto, sin embargo, el problema que se proponía al dar la característica de la historia que recorre cada fenómeno.

e)—*El concepto de evolución en el dominio de la biología y de la psicología.*

El dominio en el cual Spencer se mueve mejor y con pleno conocimiento de causa es el de la biología y de la sociología. Hemos visto que una idea biológica ha inspirado todo su sistema y que ha combinado inmediatamente esta idea (idea de la evolución en cuanto diferenciación) con una idea sociológica (idea de división del trabajo). La vida social es para él una forma de vida que obedece á las leyes generales de la vida, y lo mismo ocurre con la vida psíquica y con la vida ética. Así la biología es la ciencia concreta predominante en su sistema. Su investigación persigue la evolución de la vida en todos los grados y bajo todas las formas.

La vida consiste en una adaptación continua de las condiciones interiores á las condiciones exteriores. Una impresión exterior produce en un cuerpo viviente no sólo un efecto directo, sino también un efecto indirecto, porque provoca un estado que hace al sér viviente apto para contrarrestar una modificación subsiguiente del mundo exterior. Así se pone en movimiento una actividad interna, que es ó puede ser útil en una ocasión ulterior. El tejido orgánico posee dos propiedades en apariencia opuestas, cuya unión permite

la adaptación. Posee una plasticidad que hace repercutir las impresiones exteriores á través de toda la masa orgánica ó al menos á través de una gran parte de esta masa; y posee una polaridad, un modo determinado de repartición, de las últimas partículas orgánicas que Spencer llama las unidades fisiológicas, y que encuentra mucho más sencillas que las células, pero más complejas que las moléculas químicas, polaridad que hace que la acción de las impresiones sobre la masa orgánica esté determinada principalmente por la naturaleza propia de esta última. La formación original de la masa orgánica es un problema oscuro. Spencer rechaza la idea de que las formas orgánicas resulten de la materia inorgánica. Se inclina, por el contrario, á creer que en un momento dado del proceso de enfriamiento de la superficie terrestre se ha formado una masa orgánica *desprovista de toda estructura*. Esta masa orgánica original no tiene estructura determinada; por eso esta hipótesis no coincide con la hipótesis de un primer organismo. Ha habido una vida orgánica sin organización. (Véase en particular el apéndice del primer volumen de los *Principles of Biology*.) Las formas orgánicas se han constituido sucesivamente bajo la acción del medio ambiente. En virtud de las leyes generales de la evolución, una influencia exterior continua produce diversidades en la masa; primeramente, una diversidad de la superficie por respecto al interior, y á causa de la manera diferente con que las diversas partes reaccionan contra las impresiones, toman poco á poco una naturaleza diferente. Spencer plantea aún como principio que la función precede á la estructura, y que la función durable que se realiza de una manera determinada, produce la estructura determinada que poseen los diversos órganos. Esta influencia directa del medio ambiente sobre el tejido orgánico la supone, á decir verdad, la teoría de la selección natural: la selección se verifica precisamente entre las estructuras nacientes causadas por una influencia directa, entre las diversas variaciones que la influencia exterior hace sufrir á la masa orgánica. Aun allí

donde las variaciones resultan de otras causas desconocidas, la selección natural no puede conservarlas si á estas «variaciones espontáneas» no están ligados modos de acción favorables. (*Principles of Biology*, § 61.) La modificación que puede verificarse en la estructura, por consiguiente, de cierto funcionamiento persistente, será hereditaria, si ha producido un cambio en la polaridad orgánica, es decir, un cambio en la manera particular con que las unidades fisiológicas están repartidas en este organismo determinado.

Spencer reconoce perfectamente y admira mucho la teoría de Darwin sobre la selección natural (que Spencer quisiera mejor llamar la teoría de la sobrevivencia de las formas vitales mejor adaptadas: *the survival of the fittest*). Pero igual que Darwin mismo, no piensa que la selección esté en condiciones de explicarlo todo. El origen de las especies es para él incomprensible sin la creencia en la herencia de las propiedades adquiridas, y en estos últimos años ha emprendido por esta razón una polémica hábil y enérgica contra «los naturalistas que quieren ser más darwinistas que Darwin mismo», en particular contra la hipótesis de Weissman, que niega toda influencia de las funciones adquiridas por la práctica sobre las células que contienen el germen de la descendencia, y que, por consiguiente, debe hacer derivar toda la evolución de la selección natural. En lo que concierne en particular á los seres superiores organizados que poseen un sistema nervioso y un sistema muscular perfeccionados, es de opinión que la influencia que ejerce el uso de las fuerzas sobre el organismo tiene gran importancia. Atribuye á esta cuestión un valor, no solamente biológico, sino también ético y social. «Cuando una nación, dice en su artículo *Factors of Organic Evolution* (1886), sufre una modificación en su conjunto á causa de los efectos hereditarios que hacen sufrir á la naturaleza de sus miembros ciertas formas de actividad cotidiana que resultan de sus instituciones y de sus condiciones de vida, estas instituciones y estas condiciones de vida deben formar á los ciudadanos mucho más aprisa y mucho

más completamente de lo que podrían hacerlo si la causa única de la adaptación fuese la frecuente sobrevivencia de los individuos que han variado en un sentido favorable. Así la responsabilidad moral y social se hace mayor cuando se cree en la herencia de las propiedades adquiridas que cuando todo eso depende de la selección. Esto da al problema gran interés á los ojos de Spencer, y cierra la lista de sus obras de polémica invitando insistentemente á los biólogos á difundir más claridad en esta cuestión. (*Weissmanism once more*, pág. 23; 1894.) «Yo he comprendido cada vez mejor cómo las ciencias superiores dependen todas de la ciencia de la vida y deben conducir á resultados falsos, si el postulado fundamental que establecen los profesores de estas ciencias en beneficio de la primera contiene un error; así, pues, estos profesores tienen el deber de resolver esta cuestión controvertida en un sentido ó en otro».

La conciencia es igualmente una actividad que se forma durante la adaptación de los seres vivientes al medio. Si las impresiones aumentan en número, la adaptación á estas impresiones no puede ser exacta si no se clasifican con arreglo á un orden, como ocurre en la conciencia. La psicología es en sí una parte de la biología. Pero Spencer distingue aquí entre la psicología objetiva y la psicología subjetiva. A decir verdad, solo la psicología objetiva estudia la vida de la conciencia en las funciones materiales á las cuales está ligada, y por eso entra en el grupo de las ciencias concretas. La psicología subjetiva, que construye sobre la observación inmediata del *yo* y adquiere sus resultados por el análisis de esta observación, es por respecto á todas las demás ciencias como el sujeto es al objeto; es la ciencia de la existencia subjetiva, del mismo modo que todas las demás ciencias reunidas versan sobre la existencia objetiva. Por eso la psicología subjetiva es una ciencia absolutamente única en su género. (*Principles of Psychology*, § 56: *Classification of the Sciences*, tercera edición, pág. 26 b.)

Del mismo modo que Stuart Mill, Spencer sostiene, pues,

que la psicología es una ciencia independiente, cosa que Comte negaba. Al mismo tiempo, se separa de la escuela inglesa primitiva sosteniendo que no se puede considerar la conciencia como una simple suma de sensaciones y de representaciones, supuesto que hay siempre algo que enlaza á éstas entre sí y que mantiene la unidad de la serie de las ideas contra las tentativas hechas para reducirla. Debe haber en la conciencia un elemento sustancial por oposición á todas las formas variables, pero no podemos conocer este elemento, supuesto que no se presenta en el estado aislado, aunque todo estado aislado sea una forma particular suya.

A pesar de todo el carácter original que reviste la vida de la conciencia en la experiencia subjetiva, ofrece, sin embargo, los mismos rasgos fundamentales que la vida y la evolución en general. Su evolución consiste en una concentración, en una diferenciación y en una determinación progresivas. Todas las transiciones se realizan por grados, y por esta razón se han establecido equivocadamente diferencias cualitativas entre las facultades psíquicas. Desde el movimiento reflejo, el instinto y el recuerdo hasta la razón, desde la distinción y el reconocimiento más sencillo hasta el acto científico del pensamiento más elevado, hay una sucesión interrumpida de grados. La riqueza cualitativa y cuantitativa de la conciencia corresponde á la riqueza de las relaciones del sér viviente con el medio ambiente. Constantemente se produce una correspondencia entre la vida de la conciencia y las condiciones exteriores con las cuales el individuo tiene que luchar. Hay una sucesión interrumpida de grados, desde el gusano intestinal de un tejido orgánico hasta un Newton ó un Shakespeare, cuyo pensamiento abarca el mundo.

Por lo que se refiere á la cuestión del origen del conocimiento, Spencer se opone, por una parte, á Leibnitz y á Kant, y por otra parte, á Locke y á Mill. Combate el empirismo, que no ve que la materia de la experiencia es siempre recogida y elaborada de una manera determinada por la naturaleza original del individuo, y que, además, carece visible-

mente de un criterio de verdad. Es menester una organización original para comprender la influencia que las acciones ejercen sobre los diversos individuos; y cada vez que se quiere establecer una afirmación, se necesita un criterio, el cual consiste en que lo contrario encerraría una contradicción. En la naturaleza innata del individuo y en el principio lógico sobre el cual nos apoyamos en todo razonamiento, tenemos, pues, algo *á priori*, algo que no puede derivarse de la experiencia. En eso, Spencer da la razón á Leibnitz y á Kant, contra Locke y contra Mill; pero solamente mientras se trata de la experiencia del individuo particular. Para el individuo particular hay un principio *á priori*, pero no para la especie. Porque las condiciones y las formas del conocimiento y del sentimiento, que son primitivas en el individuo particular y no pueden, por esta razón, derivar de su experiencia, son la herencia debida á las generaciones exteriores. Las formas del pensamiento corresponden á las modificaciones de estructura acumuladas y transmitidas que se encuentran en estado latente en cada individuo recién nacido y se desarrollan progresivamente por medio de las experiencias que lleva á cabo. Y así su origen primero es, sin embargo, empírico: las relaciones sólidas y universales de las cosas entre sí deben formar en el curso de la evolución trabazones sólidas y universales en el organismo, y gracias á la repetición incesante de uniformidades exteriores absolutas, constitúyense en la especie formas de conocimiento necesarias, asociaciones de pensamientos indisolubles, que expresan acaso el producto neto de la experiencia de muchos millones de generaciones hasta la época actual. El individuo no puede disolver lo que ha llegado á ser así en la organización de la especie una asociación arraigada; por eso en su naturaleza innata contiene el fundamento sobre el cual se erigen las verdades necesarias. (Véase *Principles of Psychology*, § 208, 216; compárese con *First Principles*, § 53: «*absolute uniformities of experience generate absolute uniformities of thought*»). Aunque para Spencer la escuela inductiva fué demasiado lejos

al querer derivarlo todo de la inducción, lo cual produciría el efecto de bracear en el vacío, preferiría, si debiese escoger, contarse entre los discípulos de Locke mejor que entre los discípulos de Kant. Porque, *finalmente*, según él, todo el conocimiento y todas las formas de pensamiento provienen también de la experiencia. Max Müller ha dicho que si Spencer confiesa que hay en la conciencia algo que no es un producto de la experiencia individual, es un puro kantiano (*a thorough kantian*). Spencer respondió: «El punto de vista evolucionista es absolutamente empírico. Se distingue de la concepción anterior de los empíricos, por la extensión que da á esta concepción. Pero es manifiesto que la concepción de Kant es absolutamente lo contrario de una concepción empírica.» (*Essays*, III, páginas 274, 277.)

Sin embargo, Spencer es herido aquí por su propia crítica del empirismo, cuando declara que la especie ha podido acoger influencias exteriores en un estado cualquiera de su evolución, sin que haya tenido antes una organización dada para acoger estas influencias y para determinar sus resultados. Su psicología encierra aquí alguna obscuridad, la cual se advierte ya en su biología. Porque su principio, de que la función determina la estructura, parece significar que el tejido orgánico permanece absolutamente pasivo en el grado más inferior enfrente de todas las influencias que producen en él una actividad, y no creemos que se pueda explicar de otra manera. Pero este estado de pasividad es excluído por su propia definición de la vida, que concibe como una adaptación; y, en efecto, ese estado no se encuentra aún allí donde seres inorgánicos están expuestos á esas influencias, lo cual se demuestra en que la piedra presenta otros efectos de calor que la cera. Además, Spencer no ha visto que el hecho de deducir los primeros postulados de las experiencias de generaciones innumerables no garantiza absolutamente *el valor* de nuestro conocimiento. Esto demuestra á lo sumo que estos postulados manifestaban que eran hasta entonces prácticamente utilizables

en la lucha por la vida. Pero no se puede apoyar en eso una prueba de su verdad absoluta (1).

Más aún que el conocimiento, el sentimiento implica, según Spencer, disposiciones fundamentales para todo individuo, adquiridas por la especie. Continúa la acción recíproca con el mundo exterior; la lucha perpetua con las condiciones de existencia engendra una inclinación á estados de alma que no se llegan á expresar siempre por ideas claras. Así ocurre con los sentimientos simpáticos, por ejemplo, con el placer que siente el niño pequeño en ver un rostro sonriente, con la pena que siente en ver un rostro triste ó amenazador. El sentimiento de justicia, la cólera inmediata causada por ciertas usurpaciones, pueden nacer sin que haya una idea clara de los límites de la libertad de acción de los individuos. Spencer objeta esto á los utilitaristas primitivos, que hacen preceder la producción de los actos y de los móviles por el conocimiento consciente de los efectos útiles. Para saber si la simpatía es benéfica, es menester previamente obrar por simpatía. El sentimiento permite así descubrir la utilidad; pero no es el descubrimiento de la utilidad el que produce desde un principio el sentimiento. De la educación continua á la cual está sometido el hombre por la acción recíproca con el medio ambiente espera Spencer modificaciones y progresos ininterrumpidos en la vida del sentimiento humano, y no del simple hecho de comunicar conocimientos ya elaborados. Se opone al principio de que las ideas gobiernan el mundo, del cual Comte partía, especialmente, en sus primeras obras. Son el sentimiento y el carácter los que realizan la obra; y en cuanto á saber las ideas que ejercerán la supremacía, eso dependerá del carácter del pueblo, el cual es, á su vez, determinado por las disposiciones que han transmitido las generaciones anteriores.

(1) Ya en la *Introducción á la filosofía inglesa contemporánea*, págs. 232-234, he hecho esta crítica á la teoría del conocimiento de Spencer. En mi *Psicología* (edición alemana, páginas 485-487) he discutido también este punto.

(1)—*El concepto de evolución en sociología y en ética.*

Las relaciones del individuo y de la especie, que Spencer había encontrado en su biología y en su psicología, adquieren una importancia capital en su sociología. Si cada individuo tiene en su carácter una disposición fundamental que debe ser referida á la historia anterior de la especie, la evolución de la vida social no se dejará súbitamente conducir en otras direcciones por medio de las influencias que se quisieran hacer operar sobre los individuos por la reforma, la educación y la constitución de los Estados. Spencer no tiene una fe tan inmediata en el porvenir como Bentham, Mill y Comte. La evolución progresa lentamente, no sólo porque las ideas y los conocimientos de los individuos deben modificarse, sino porque sus inclinaciones naturales deben llegar á ser distintas. Durante su residencia en América, Spencer censuró en términos vigorosos, en una conversación, los inconvenientes que se revelaban en la vida pública de los Estados Unidos, inconvenientes que atribuía á que el país había recibido, pero solamente *recibido* por un golpe de azar, su constitución, por lo demás buena en sí; no se ha desarrollado el conocimiento de ella; de aquí que las consecuencias hayan sido distintas de lo que se había pensado. Habiéndole preguntado un americano si no se podía remediar esto por la enseñanza y por la propagación de conocimientos, Spencer respondió: «No. La cuestión se refiere esencialmente al carácter, y sólo en un rango subordinado entran los conocimientos. Es una ilusión frecuente creer que la instrucción pueda ser la panacea universal contra los males políticos.» Según Spencer, los cambios de carácter no se producen si una raza no está en acción recíproca con las condiciones reales de existencia durante algunas generaciones. Sólo por la adaptación práctica, por la evolución, por el ejercicio de las fuerzas, de las cuales se sirve uno en la lucha por la vida, se forman los caracteres fuertes y los sentimientos sanos. Por eso, en su obra sobre la educación,

Spencer insiste en la necesidad de que el mismo niño haga experiencias, y hasta que tenga conocimiento de los hechos naturales y de los efectos de sus propias acciones. Es menester hacer el menor uso posible de la persiana, porque exige doble trabajo; primero, la adaptación al muro; luego á lo que se encuentra detrás del muro, al hecho real. Es menester que el niño se quemé á sí mismo; de lo contrario, no aprende á temer el fuego. Lo que es cierto del carácter del individuo, puede decirse igualmente del carácter de la raza y de toda la especie. En su obra más considerable y construida sobre más vasto plan, en los *Principles of Sociology*, Spencer trata de ilustrar este punto por materiales detallados, suministrados principalmente por las razas inferiores. Ha publicado en común con un grupo de colaboradores, bajo el título de *Descriptive Sociology*, una serie de perspectivas, en forma de cuadros acompañados de notas, que remiten á las fuentes sobre la historia de la civilización de diferentes pueblos. En un libro, escrito de una manera interesante: *The Study of Sociology*, ha discutido las dificultades con las cuales tiene que contar una sociología científica.

Spencer retorna siempre á su principio favorito: que las sociedades y las constituciones crecen por sí mismas, pero que no se elaboran. Demuestra, muy al por menor, la analogía de una sociedad con un organismo. Los individuos aislados corresponden á las células, ó más bien á las unidades fisiológicas. Tanto en la sociedad como en el organismo, la vida común es independiente, en cierto modo, del destino de cada unidad aislada. Pero hay una grande y considerable diferencia entre la sociedad y el organismo: en este último la conciencia (cuando hay una) está ligada á los órganos centrales, en comparación de los cuales los otros órganos y las otras unidades no tienen más que una importancia secundaria; en la sociedad, por el contrario, las unidades aisladas poseen precisamente una conciencia, mientras que la organización central, en cuanto tal, no tiene conciencia particular. En el organismo, las partes existen para el todo; en la sociedad, el

todo existe en las partes. Según Spencer, no hay que conceder á esta diferencia entre la sociedad y el organismo una importancia menor que á su semejanza (vid *Principles of Sociology*, § 222; compárese con *Principles of Ethics*, II, § 102, 137), porque en eso se basa el principio cuya exactitud demuestra la historia de la vida social: que la centralización no tiene jamás más que la importancia de un medio necesario, mientras que los hechos capitales acontecen siempre en los individuos donde se desarrolla la vida humana propiamente dicha. En la vida social, como en la educación individual, importa reducir lo más posible las persianas y la tutela, porque complican y retardan continuamente la evolución, puesto que exigen una doble adaptación, primero al arte, luego á la naturaleza. La experiencia demuestra que siempre que las autoridades exteriores inculcan exigencias que tienen su origen en la naturaleza, la obediencia á las autoridades ocupa el primer puesto, conquistado en detrimento de las relaciones prácticas con la realidad natural. Y la experiencia demuestra, al mismo tiempo, que las autoridades establecidas é instituidas artificialmente no obran con tanto rigor y utilidad como las mismas libres fuerzas individuales. La maquinaria social absorbe fuerzas con exceso para conseguir su fin, y con facilidad alcanza otros fines de los que se proponía. Los individuos tomados aisladamente aprenden, de una manera mucho más completa que las autoridades, la conexión directa del trabajo con el producto. Aun ateniéndose, en teoría (lo que ya había enseñado en *Social Statics*), á que el suelo es la propiedad del pueblo entero, Spencer se declara, con humorismo, contra «el oficialismo», según el cual el Estado debiera encargarse de cultivar la tierra, como proponían «los nacionalistas». Abstracción hecha, en absoluto, de las dificultades financieras que se suscitarían si el Estado quisiera emprender el cultivo del suelo, dificultades que, según Spencer, harían imposible en sí la ejecución del proyecto; la imperfección notoria de la administración gubernamental, comparada con la administración privada, es suficiente á sus ojos